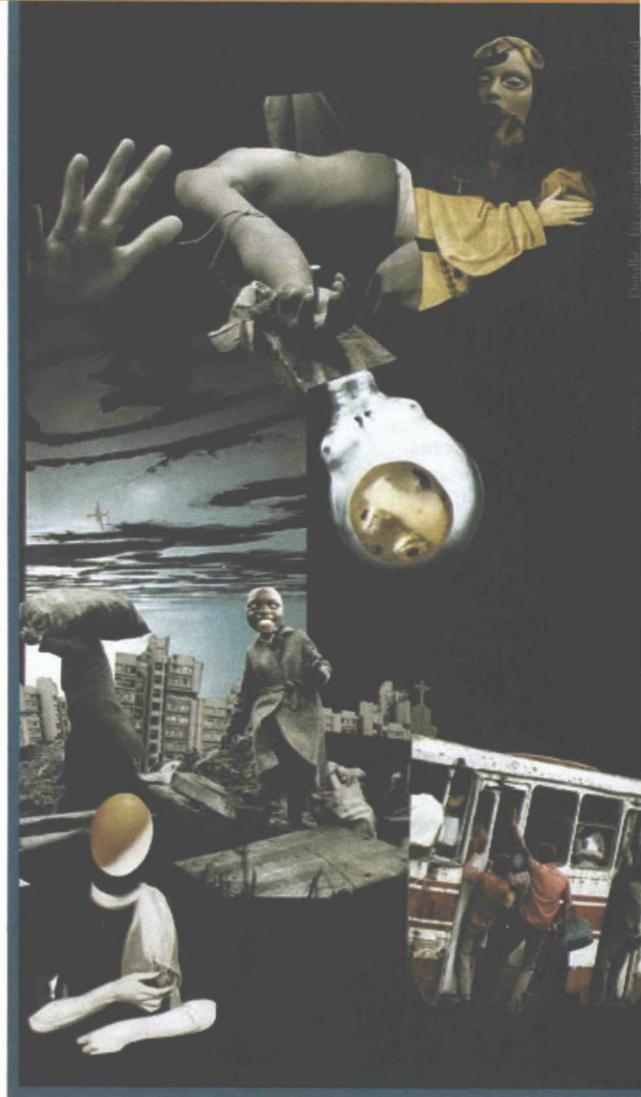


FLACSO - Biblioteca

Igualmente
POBRES,
desigualmente
RICOS



René Ramírez Gallegos

№: 22/96

305
R1451

Es una publicación del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Dirección Institucional:

Representante Residente del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
José Manuel Hermida
Representante Adjunto del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
Claudio Providas

Proyecto "Estrategia Nacional de Desarrollo Humano y ODM"- PNUD

Cordinación

Natalia García

Comunicación

Irina Moreno

Logística

Carolina Bastidas

Igualmente POBRES, desigualmente RICOS

©2008

Autor:

© René Ramírez Gallegos

Coautores:

Fernando Martín (Capítulo 2)
Julio Oleas (Capítulo 3)
Diego Martínez (Capítulo 7)
Analía Minteguiaga (Capítulo 8)

Editorial:

Ariel

Edición:

Alvaro Campusano (1^{ra} revisión)
María Elena Dávila (2^{da} revisión)

Ilustraciones:

Magalí Minteguiaga

Concepto editorial: graphus® 290 2760

Diseño: graphus® 322 7507

Impresión: Impresores Myl

ISBN: 978-9978-9939-0-3

Primera impresión: noviembre 2008

Quito - Ecuador

BIBLIOTECA - FLACSO - E C
Fecha: 27-02-2009
Compra: \$12.60
Proveedor: <i>Planta</i>
Canje:
Donación:

REG. 0024931
CUT. 22/96
BIBLIOTECA - FLACSO

Las opiniones y planteamientos expresados en esta publicación son responsabilidad exclusiva del autor y no compromete al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

En caso de ser citado utilizar el siguiente formato:

Ramírez, René (2008). Igualmente pobres, desigualmente ricos. Quito: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

ÍNDICE

Biografías de autor	21
Introducción	25
Vivir como iguales, queriendo vivir juntos <i>René Ramírez Gallegos</i>	
PARTE I	
<hr/>	
ECUADOR EN EL MUNDO	43
CAPÍTULO 1	45
Crecimiento económico sostenido, desigualdad y reducción de la pobreza en los noventa: un debate abierto <i>René Ramírez Gallegos</i>	
CAPÍTULO 2	62
Una América Latina desarrollada a distintas velocidades: procesos de convergencia y divergencia económica en la región (1950-2000) <i>Fernando Martín y René Ramírez Gallegos</i>	
PARTE II	
<hr/>	
DESIGUALDAD Y BIENESTAR ECONÓMICO EN ECUADOR	123
CAPÍTULO 3	125
La desigualdad en Ecuador en el contexto macroeconómico, 1990 - 2006 <i>René Ramírez Gallegos y Julio Oleas</i>	
CAPÍTULO 4	150
Igualmente pobres, desigualmente ricos. Balance global sobre la desigualdad en Ecuador <i>René Ramírez Gallegos</i>	
CAPÍTULO 5	221
Desigualdad y felicidad económica en Ecuador <i>René Ramírez Gallegos</i>	

PARTE III	
Desigualdad y participación política	255
CAPÍTULO 6	257
Pseudo - salida, silencio y ¿deslealtad?: entre la inacción colectiva, la desigualdad en la representación política y el bienestar <i>René Ramírez Gallegos</i>	
CAPÍTULO 7	305
¿Quién y por qué (no)?: El perfil del participante y las razones del silencio o la activación de la voz pública en el Sistema de Concertación Ciudadana (SCC) <i>René Ramírez Gallegos y Diego Martínez</i>	
PARTE IV	
Ética política e igualdad	345
CAPÍTULO 8	347
¿Queremos vivir juntos?: la igualdad y la búsqueda de un lugar común <i>René Ramírez Gallegos y Analía Minteguiaga</i>	
CAPÍTULO 9	373
El Sur del cambio o propuesta de principios rectores para una nueva visión del desarrollo <i>René Ramírez Gallegos</i>	

CAPÍTULO 5

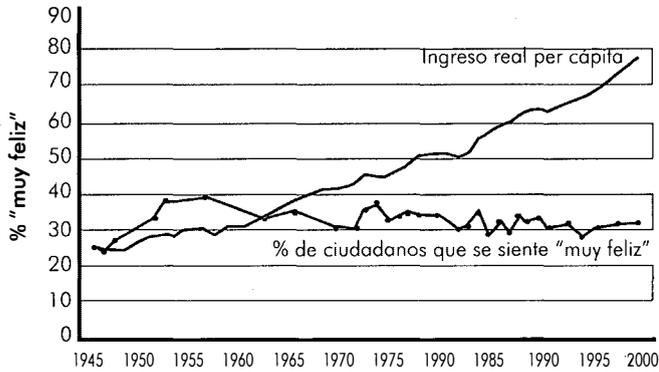
DESIGUALDAD Y FELICIDAD ECONÓMICA EN ECUADOR

René Ramírez Gallegos

Introducción

Uno de los principales supuestos en que se ha basado la teoría del bienestar económico es que mejorar los ingresos o consumos personales es sinónimo de incrementar el bienestar individual. Desde esta perspectiva utilitarista, el bienestar social no es otra cosa que la suma de los bienestares individuales. No obstante, en 1974 Richard Easterlin planteó uno de los mayores desafíos a este supuesto y, a su vez, dio cuenta de una de las mayores paradojas que caracteriza a las economías de los países industrializados. Easterlin observó que a pesar de que la prosperidad de esos países aumentó a lo largo de los últimos 50 años, la felicidad o satisfacción con la vida de sus habitantes se mantuvo constante. Por ejemplo, como se aprecia en el gráfico 1, el estadounidense promedio es, actualmente, casi tres veces más rico que el estadounidense promedio de 1950. Sin embargo, los habitantes actuales de Estados Unidos no son más felices que quienes vivieron allí medio siglo atrás. Esta constatación (ciertamente ya conocida popularmente: «el dinero no compra la felicidad», se dice) es la base de aquello que en el campo de la ciencia económica se ha denominado la paradoja de Easterlin.

GRÁFICO 1. ESTADOS UNIDOS: INGRESO REAL PER CÁPITA Y SATISFACCIÓN CON LA VIDA (1945-2000)



Fuente:
Layard (2005)

La paradoja de Easterlin señala que los niveles promedio de felicidad no incrementan con el crecimiento de la riqueza de los países. Esta curiosa constatación ha alimentado un interesante debate sobre la relación existente entre el bienestar objetivo y el bienestar subjetivo, o bien, entre el nivel de ingreso o consumo de las personas y su satisfacción con la vida. Asimismo, esta paradoja ha abierto preguntas muy pertinentes sobre el impacto que pueden tener las políticas públicas sobre el bienestar de los individuos.

Sin embargo, este tipo de discusiones no han sido abordadas públicamente en Ecuador. El bienestar de la población en el país (o en su defecto, su malestar) continúa siendo visualizado, principalmente, a partir del análisis de la pobreza de ingresos o de consumo. En el mejor de los casos, simplemente se ha incorporado a este análisis el problema de la desigualdad.

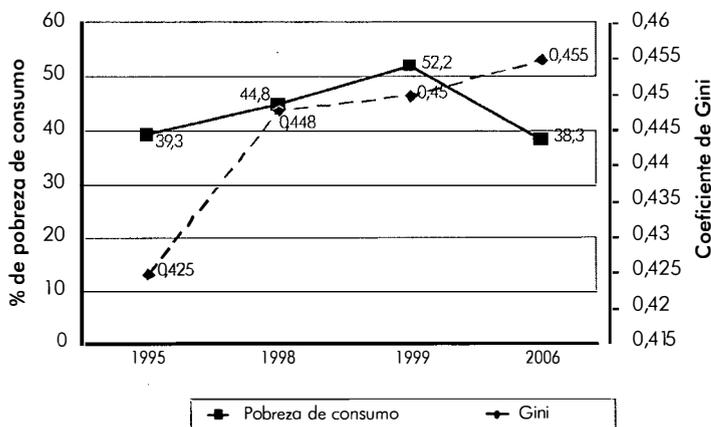
En el Ecuador actual parece registrarse una paradoja de Easterlin similar a la que ha ocurrido en los países altamente industrializados. A partir de la implementación de la dolarización, la pobreza (ya sea medida por ingresos o por consumo) ha disminuido debido a, entre otras razones, el incremento de los salarios reales, la apreciación de la moneda, el incremento de las remesas provenientes de la emigración y el aumento de la

demanda producido por el «descongelamiento» de los depósitos bancarios¹. Sin embargo, a pesar de esta recuperación económica, de acuerdo a la Encuesta de Ingresos y Gastos de los Hogares Urbanos (ENIGHU) del 2003, el 73% de la población afirma que desde que se instauró la dolarización, la situación económica de su hogar ha empeorado. Asimismo, de acuerdo a la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) del año 2005 - 2006, el 89% de los hogares entrevistados, no solo en las ciudades sino también en el campo, considera que su situación se ha deteriorado después de la dolarización. En otras palabras, a pesar de una recuperación económica «objetiva», la gran mayoría de ecuatorianos no percibe que haya ocurrido una mejoría en sus condiciones de vida².

Por otra parte, la desigualdad en Ecuador no ha disminuido en los últimos años. Los niveles de desigualdad incluso se encuentran más acentuados ahora que en los años previos a la dolarización. Como vimos en el capítulo 3, los niveles de concentración de la riqueza en el país, ya significativamente altos, no han sido modificados a pesar de que el nivel de ingresos ha mejorado. En el gráfico 2 se puede visualizar este desajuste ocasionado por una reducción de la pobreza en términos relativos acompañada por un aumento del nivel de desigualdad.

- 1 Cabe aclarar que asociación no implica causalidad: el hecho de que la pobreza monetaria haya disminuido en el periodo posdolarización no significa que esto se deba a la dolarización.
- 2 De acuerdo a la ECV del 2005-2006, el 66,7% de los hogares se considera pobre. Esta cifra es mucho mayor que la pobreza medida por consumo a partir de la misma encuesta: 38,3%. Debido a que en el momento de terminar este capítulo todavía no se dispone de los datos definitivos de la ECV 2005-2006, se decidió trabajar con la ENIGHU del 2003. De la ECV únicamente presentamos los datos agregados de pobreza y desigualdad.

GRÁFICO 2. ECUADOR: EVOLUCIÓN DE LA POBREZA Y EL COEFICIENTE DE GINI (1995-2006)*



Fuente:
INEC (1995, 1998,
1999, 2006)
en base a la
Encuesta de
Condiciones de
Vida

* El coeficiente de Gini es una medida estadística de la desigualdad en la distribución. Cuando se acerca a 1 implica alta concentración (desigualdad) y a 0 equitativa distribución.

Con estos antecedentes, cabría preguntarse si la desigualdad tiene un impacto en el bienestar que los individuos experimentan subjetivamente en sus vidas. Quizá, a pesar de que la pobreza haya disminuido en el país, la persistencia y agudización de la desigualdad ha determinado que las personas no se sientan satisfechas con sus vidas. En este capítulo se evaluará, precisamente, el impacto del nivel económico y de la desigualdad sobre la pobreza subjetiva de los ciudadanos ecuatorianos. Para ello, en la primera sección desarrollamos una justificación sobre la pertinencia de evaluar el bienestar no solo en términos objetivos sino también subjetivos. A partir de esta disquisición conceptual, en la siguiente sección presentamos los niveles de pobreza subjetiva registrados en el país y los comparamos con la pobreza medida a partir del ingreso y el consumo. En la tercera sección presentamos el impacto de la desigualdad sobre la pobreza subjetiva. Y hacia el final, ofrecemos algunas conclusiones.

Pobreza objetiva y subjetiva: un debate teórico-metodológico³

Si bien el bienestar, por definición, es de carácter relativo dado que surge de la diversidad humana (Sen, 2003), su ausencia podría tener implicaciones absolutas en la vida de las personas. Por ejemplo, una distribución inequitativa de los beneficios del desarrollo puede producir la imposibilidad absoluta de satisfacer necesidades mínimas y así someter a determinados grupos de personas al padecimiento de privaciones escandalosas desde el punto de vista ético. Esto precisamente ocurre en Ecuador. Por ejemplo, en términos agregados, la oferta alimenticia del país podría cubrir los requerimientos nutricionales mínimos de un ecuatoriano promedio: de acuerdo al Banco Mundial (1995) la disponibilidad agregada de alimentos asciende a 2 278 kilocalorías por día per cápita y el requerimiento nutricional mínimo que necesita consumir un ecuatoriano cada día es de 2 236 kilocalorías (Ramírez, 2002: 17)⁴. Sin embargo, el consumo calórico presenta altos niveles de concentración. En 1999, el 10% más rico consumía 3 226 kilocalorías diarias en tanto que el 10% más pobre tenía un consumo igual a 1 079 per cápita diarias (1 158 calorías por debajo de lo mínimo requerido). Este nivel de desigualdad también se registra si tomamos al PIB per cápita como medida de bienestar. En el 2005 el valor de este indicador (208,5 dólares mensuales) fue casi 3,5 veces mayor a la línea de pobreza (60 dólares mensuales)⁵.

Ahora bien, sin perder de vista este tipo de consecuencias absolutas que tiene la ausencia de bienestar, la manera misma en que definimos lo que es y lo que no es bienestar tiene un componente relativo. Para empezar, el carácter históricamente relativo de la ausencia de bienestar, o de la insatisfacción de necesidades básicas, ha sido discutido largamente por varios autores, incluyendo a los dos clásicos europeos del siglo XIX. Adam Smith, por su parte, entendía por necesidad «no sólo los productos básicos que son indispensables para el sostenimiento de la vida [sino] aquellos cuya carencia

3 Cabe aclarar, para que no existan malos entendidos, que esta sección no toma en cuenta el debate entre pobreza absoluta y relativa. Para profundizar en dicho debate ver Boltvinik, 2000.

4 Estimaciones realizadas por el SIISE (2002) incluso señalan que el consumo nutricional que necesita de un ecuatoriano medio es de 2 045 kilocalorías.

5 Como en el ejemplo de lo que ocurre en Ecuador, el movimiento absoluto de la desigualdad se refiere en este texto a toda situación que produce una carencia absoluta, o bien, la imposibilidad total de satisfacer una necesidad básica. Al dar cuenta de este grado de desigualdad, nos alejamos de la visión clásica de la economía del bienestar y particularmente de su segundo teorema, que postula una distribución inicial «adecuada» de dotaciones.

sea indecorosa, según las costumbres del país, para la gente respetable, aún entre las clases más bajas». De la misma forma, Marx afirmaba que «la cantidad y la extensión de los así llamados anhelos necesarios [...] son en sí mismos producto del desarrollo histórico y, por lo tanto, dependen en gran medida del grado de civilización de un país» (Atkinson, 1975: 189). En síntesis, para ambos pensadores las «necesidades» o los «anhelos necesarios» dependen de, o son relativos a, determinaciones sociales que cambian históricamente.

A esta constatación cabe agregar que el carácter relativo del bienestar, o en su defecto de la pobreza, está asociado a las comparaciones que los individuos establecen entre sus propias condiciones de vida y las de las personas que les rodean. El bienestar, o su ausencia, es determinado subjetivamente por cada persona a través de un ejercicio de contrastes entre su vida y la de los demás. En efecto, siguiendo a Albert Hirschman (1973), el bienestar de un individuo depende tanto de su *estado actual de satisfacción* como de su *satisfacción futura esperada*. De acuerdo al ejemplo que propone el autor sobre este punto, el modo en que se define el bienestar de la población puede ser comparado con lo que sucede en un embotellamiento de tráfico en un túnel. Si ciertos automóviles se mueven mientras la otra fila no lo hace, se podrán producir ciertas expectativas de movimiento entre los conductores varados. No obstante, si ninguna de las filas se mueve, esta esperanza se puede transformar en frustración. A ello podríamos añadir la situación en que las dos filas se mueven, pero a velocidades distintas. En este caso, antes que frustración, los conductores de la fila más lenta podrían sentir envidia. En el ejemplo de Hirschman, el punto de referencia crucial a partir del que cada conductor determina su grado de bienestar es la tasa de cambio entre las filas de tráfico (diferencias relativas). Incluso a pesar de que pueda haber un incremento de velocidad en las dos filas, los individuos no dejan de estar en constante comparación con su entorno social para determinar si su nivel de bienestar ha mejorado o no.

Por último, junto a esta dimensión comparativa en la determinación del bienestar, la relatividad del bienestar está asociada a la diversidad humana, o bien, a las diferencias étnicas, de edad, de género, religiosas, entre otras, que existen entre las personas. Desde esta perspectiva, la igualdad de derechos, y particularmente la posibilidad igualitaria de alcanzar el bienestar, se define a partir de criterios de justicia y no de semejanza: se otorga el mismo valor y por tanto se garantizan los mismos derechos y oportunidades a las diversas personas que integran la sociedad. Este reconocimiento de la diferencia

implica la defensa de una satisfacción equitativa de necesidades no solamente entre iguales, sino también y sobre todo, entre diferentes⁶.

Como hemos puntualizado, sin tomar en cuenta el nivel absoluto de satisfacción de la necesidad, el modo en que se concibe y define al bienestar depende de factores históricos, de las comparaciones que establecen las personas entre sus condiciones de vida y las de su entorno social, y de la propia diversidad humana. El punto de vista básico para dar cuenta de esta compleja relatividad del bienestar consiste en prestar especial atención a las percepciones subjetivas que tienen las personas sobre su propio bienestar. Solo esta mirada hacia las diversas maneras en que las personas experimentan satisfacción o insatisfacción con sus vidas puede superar una perspectiva pretendidamente objetiva que homogeniza bajo un solo patrón al bienestar.

Desconocer la dimensión subjetiva del bienestar es quizá una de las mayores contradicciones de la teoría económica utilitaria clásica: «es paradójico que cuando los economistas analizan el impacto de las políticas en el bienestar, ellos típicamente asuman que las personas son los mejores juzgadores de su propio bienestar, y [a la vez] se resistan a preguntarles directamente si se sienten mejor» (Ravallion, 1999: 1). Cuando esto ocurre, en última instancia es el especialista quien establece el límite existencial o la línea de indignancia de las personas, negando la posibilidad de que sean ellas mismas, a partir de su propia manera de entender lo que es el bienestar, quienes juzguen cuáles son sus umbrales mínimos de insatisfacción de necesidades. Por lo demás, este error forma parte del sentido común en la construcción discursiva de la pobreza.

- **Críticas a la medición de líneas de pobreza objetiva (ingreso/consumo)**

El problema conceptual que supone definir el bienestar o la pobreza monetaria en términos relativos y no únicamente absolutos, tiene ciertas implicaciones metodológicas. Quizá la principal crítica realizada a la medición de la pobreza de ingreso o consumo es que no existe un único nivel de subsistencia que pueda emplearse como base para definir cuál es el umbral de pobreza⁷. Incluso a pesar de que pueda considerarse que los requerimientos mínimos nutricionales son un indicador inequívoco, no existe un nivel

6 En esta línea, la equidad no es vista como identidad, sino como el derecho a tener las mismas oportunidades, el mismo reconocimiento y a recibir el mismo trato. Al respecto, para ver un análisis crítico de la diferencia entre los conceptos de equidad y de igualdad ver Ramírez y Minteguiaga, 2006.

7 Para acceder a elaboraciones ampliadas de esta crítica, ver: Townsend (1954), Atkinson (1965) o Rein (1970).

único de subsistencia alimenticia que pueda determinarse con exactitud total. En rigor, no existe un nivel fijo de consumo de alimentos necesario para la subsistencia sino, más bien, un amplio intervalo de desnutrición en el que la eficacia física del cuerpo humano disminuye con el consumo decreciente de calorías y proteínas. Adicionalmente, las necesidades de nutrición de un individuo dependen de su nivel de actividad. Es imposible equiparar, por ejemplo, los nutrientes mínimos que necesitan un oficinista, un obrero, un minero o un agricultor. La necesidad básica de calorías debe considerar la energía que gasta el organismo de cada individuo. Todas estas precisiones debilitan la idea de que existe una base homogénea puramente fisiológica que define un umbral universal de pobreza.

A lo apuntado, Atkinson (1981) agrega que, incluso si los requisitos mínimos de nutrición pudieran determinarse en términos numéricos exactos de proteínas y calorías, no dejaría de existir una distancia entre el juicio del experto y el comportamiento real de los consumidores. ¿Tienen acaso las familias el conocimiento suficiente sobre dietas para calcular los alimentos de menor coste y mayor valor nutricional? Lejos de estos criterios expertos, sin duda los hábitos de alimentación están profundamente influidos por las convenciones sociales. ¿Acaso, por ejemplo, los ingleses estarían dispuestos a dejar el té que tiene poco o ningún valor nutritivo de su canasta alimenticia? (Atkinson, 1954: 255). Como afirma Orshansky «la conciencia social y la costumbre obligan no solo a una cantidad suficiente, sino también a una variedad suficiente para satisfacer los objetivos nutritivos recomendados de acuerdo con las pautas de alimentación acostumbradas. Las calorías no son suficientes» (Orshansky, 1965).

Estos argumentos cuestionan, en primer lugar, el enfoque homeostático y establecen que los humanos se adaptan a necesidades energéticas mucho menores a las «recomendadas». De la mano con ello, se cuestiona el supuesto de que los ciudadanos pobres siempre se condicionan a las calorías más baratas y que no tienen gustos ni preferencias específicos. ¿Se puede permitir algún tipo de «lujo» al pobre con respecto a la selección de bienes de consumo o se le tiene que dar de antemano una ración nutritiva? ¿Por qué, por ejemplo, no se incluyen en la canasta básica consumos como las fiestas? (Saith, 2005).

Como señala Bolvinik, se debe poner en duda la idea de que el investigador, a partir de información nutricional, pueda definir los satisfactores básicos sin consultar a la po-

blación sobre sus preferencias. Qué se come, cómo se lo prepara, de qué modo y en compañía de quién se come son elementos que conforman la necesidad humana de alimentación que escapan al método de medición de la pobreza, ya sea a partir del consumo o del ingreso. Alimentarse es mucho más que nutrirse. La necesidad de alimentarse se define socialmente y no biológicamente⁸.

Por otro lado, más allá del aspecto nutricional, como señala Saith (2005), el modo en que se determina frecuentemente el consumo mínimo de bienes y servicios no alimenticios es bastante problemático. Lo común es que esta línea de pobreza se establezca a partir de la observación, sin ningún juicio fundamentado que la sustente, sobre qué tan adecuado es el nivel de consumo de un grupo humano. Este método, por ejemplo, no señala algo tan importante como el hecho de que la salud o la educación sean o no proporcionadas por el Estado o por instituciones privadas. Sin embargo, este dato puede ser crucial para determinar la situación real de un hogar. Por ejemplo, menciona Saith, en la China rural los servicios educativos y de salud han sido parcialmente privatizados y sus costos no se logran cubrir actualmente con los ingresos de los pobres. No obstante, de acuerdo a los datos oficiales, la pobreza ha disminuido. Esta poca fiabilidad de los datos responde, en parte, a que han sido construidos a partir de la definición vieja de la línea de pobreza.

Adicionalmente, siguiendo a Saith, existen situaciones de inseguridad que no necesariamente empujan a las personas por debajo de la línea de la pobreza establecida oficialmente, pero que pueden tornar crónica su situación de vulnerabilidad. Tal es el caso de las discapacidades físicas o mentales en algún miembro de la familia, de las condiciones peligrosas de trabajo, del pluriempleo o de los trabajos de bajo salario, de la violencia, del trabajo infantil (combinado con exclusión escolar), de la pérdida del empleo o la inseguridad laboral, de la emigración, entre otras situaciones.

8 Expresado con mayor precisión, existe una diferencia entre pobreza alimentaria y subnutrición. La pobreza alimentaria se refiere a la situación en que un hogar no puede acceder a los tipos de alimento (y a participar en las actividades que conlleva su consumo) que son ampliamente promovidos o aprobados en las sociedades a las pertenecen. Dicho de otra manera, bajo una situación de pobreza alimentaria no se puede acceder a dietas que no avergonzarían a quienes las consumen. En contraste, la subnutrición se define, en términos estrictamente biológicos y no socioculturales, como «la ingesta insuficiente de alimentos o su asimilación deficiente, que termina por manifestarse en pérdida de peso y otros síntomas identificables médicamente» (Bolvinik y Hernández, 1999: 37).

Otra crítica a las formas más usuales de medir la pobreza se refiere a que la estabilidad económica de un hogar no solo depende de sus ingresos, sino también de sus activos (Moser, 2006). Particularmente, de si los activos se pueden convertir o no en efectivo en función de la situación de un hogar. Además, es necesario indagar si dichos activos provienen o no de un endeudamiento. Las líneas de pobreza se suelen extraer de los datos de gastos, pero no señalan el origen de éstos: no es lo mismo que los gastos de un hogar provengan de sus propios ingresos que de una deuda. En suma, las mediciones tradicionales de pobreza no consideran ni los stocks ni los flujos de activos y pasivos (productivos e improductivos) de los pobres, factores que son determinantes para definir la condición de pobreza.

Un límite más de los métodos que venimos criticando, es que no suelen estudiar las disparidades existentes tanto al interior de los hogares como entre ellos, ignorando, por ejemplo, las diferencias determinadas por factores como el género⁹. En este sentido, buena parte de los estudios sobre pobreza ignoran las relaciones de poder, la exclusión y marginalización espacial, comunitaria y colectiva, la diversidad cultural e incluso la descendencia. Dentro de este límite, como señala Saith, se debe señalar que los índices más usados de pobreza tienden a estudiar la desigualdad existente entre los pobres y no la distancia que existe entre pobres y ricos (incluyendo el índice de pobreza de Sen).

En suma, este tipo de métodos no se pueden utilizar como medidas de la vulnerabilidad y de inseguridad socioeconómica. La pobreza es un fenómeno multidimensional. Por ello, el método unidimensional que mide la pobreza solo a partir del consumo no deja de ser una mirada epidérmica de la calidad de vida de los individuos. Si bien el método propuesto en este estudio no logra resolver a plenitud todos los problemas que hemos señalado, por lo menos recupera las interrelaciones existentes entre el bienestar objetivo, el bienestar subjetivo y el relativo (desigualdad). En este sentido, contribuye a configurar un panorama más completo sobre el bienestar en Ecuador.

9 Al respecto, ver: Saith (2005) y Dasgupta (2003).

Metodología

Para explorar el bienestar en Ecuador hemos empleado tanto una perspectiva objetiva como una subjetiva. Por un lado, para dar cuenta del nivel objetivo de bienestar, comparamos el consumo per cápita del hogar¹⁰ con la línea de pobreza oficial utilizada en Ecuador en el año 2003 (81,4 dólares mensuales y 39,08 dólares mensuales en caso de indigencia). Por otro lado, desde la perspectiva subjetiva del bienestar, utilizamos el ingreso mínimo subjetivo (IMS). En términos monetarios, la diferencia entre el nivel objetivo de consumo y el IMS evidencia la brecha existente entre la realización y el deseo, o bien, entre lo que la gente efectivamente consume y lo que aspiraría a consumir. Expresado de manera sintética, el indicador de felicidad o infelicidad económica que se utiliza para medir la pobreza se obtiene del siguiente modo:

$$(In) \text{ felicidad económica} = \text{Consumo/Ingreso per capita} - \text{IMS per capita}$$

Diremos que las personas con superávit subjetivo monetario (SSM) experimentan «felicidad económica». Por el contrario, si los individuos tienen un déficit subjetivo monetario (DSM) serán económicamente «infelices», o pobres en términos monetarios¹¹.

Este método nos permite elaborar una tipología, expuesta en el siguiente cuadro, que da cuenta de la pobreza tanto objetiva como subjetiva.

CUADRO 1. POBREZA MONETARIA SUBJETIVA Y OBJETIVA

	Extremadamente pobres	Pobres no extremos	No pobres	Total
Pobre subjetivo	A%	C%	E%	A+C+E%
No pobre subjetivo	B%	D%	F%	B+D+F%
Total	A+B%	C+D%	E+F%	100%

10 Hemos preferido utilizar el consumo o gasto per capita en lugar del ingreso debido a tres motivos: ya que el gasto es menor al ingreso, nuestro análisis puede ser más conservador; adicionalmente, de acuerdo a la literatura, el consumo es una variable más estable que el ingreso; y, por último, en el mundo andino el auto-consumo constituye un importante elemento en la canasta familiar.

11 Vale señalar que en estricto rigor sostenemos que es mejor utilizar la satisfacción con la vida en un amplio espectro y no únicamente en términos monetarios o económicos, dado que ésta da cuenta de un solo lado del bienestar o malestar subjetivo. Una persona puede estar satisfecha con el nivel de ingresos pero no satisfecha con su matrimonio, salud, relaciones interpersonales, etc. No obstante, para este artículo se ha decidido deliberadamente analizar únicamente el lado económico dado que la mayoría de textos empíricos sobre pobreza se circunscriben a la mirada utilitaria del bienestar calculado a través del consumo o ingreso. Para evaluar la diferencia existente entre pobreza subjetiva y objetiva dentro de este mismo ámbito hemos decidido no tomar en cuenta otros aspectos de la vida que igualmente dan satisfacción a la misma. Para una perspectiva amplia sobre el bienestar subjetivo ver Ramírez, 2008.

El valor de esta tipología radica en que nos permite determinar quiénes son las personas que siendo no pobres se sienten como tales ($E\%$), así como ubicar el grupo de personas pobres o indigentes que desde un punto de vista objetivo (consumo-ingreso) se sienten satisfechas o felices en términos monetarios ($B\%$ y $D\%$). Dicho sea de paso, la suma entre B y D en los países de la región comprende entre el 10% y el 20%. Es decir, en América Latina existe un patrón sistemático de personas que siendo pobres no se consideran como tales (Ramírez, 2005).

Por lo demás, el método utilizado puede permitir comparar si el perfil del pobre objetivo es similar al del pobre subjetivo. Al respecto, en una investigación sobre pobreza subjetiva, Herrera (2002) llega a la conclusión de que el perfil del pobre objetivo difiere del pobre subjetivo.

La pobreza subjetiva en Ecuador

En el cuadro 1 presentado a continuación se puede apreciar la discrepancia existente entre los niveles de pobreza objetiva y subjetiva en el país. La incidencia de la pobreza subjetiva se calcula a partir del ingreso mínimo subjetivo, y la incidencia de la pobreza objetiva se calcula a partir de la línea de indigencia y de pobreza de consumo del año 2003 (31,08 y 81,4 dólares, respectivamente). Desde el criterio objetivo, se divide a la población en tres grandes grupos: indigentes, pobres no indigentes y no pobres. Dentro de cada grupo se puede observar qué proporción de personas se considera pobre de acuerdo al umbral autoimpuesto de ingresos mínimos, o bien, de manera subjetiva.

CUADRO 2. ECUADOR: POBREZA SUBJETIVA Y POBREZA OBJETIVA (2003)

	Indigentes	Pobres no indigentes	No pobres	Total
No pobre subjetivo	1,02	10,5	25,62	36,79
Pobre subjetivo	6,54	23,0	32,98	63,21
Total	7,56	33,85	58,59	100
	Indigentes	Pobres no indigentes	No pobres	Total
No pobre subjetivo	13,53	29,99	43,72	36,79
Pobre subjetivo	86,47	70,01	56,28	63,21
Total	100	100	100	100

	Indigentes	Pobres no indigentes	No pobres	Total
No pobre subjetivo	2,78	27,59	69,63	100
Pobre subjetivo	10,34	37,49	52,17	100
Total	7,56	33,85	58,59	100

Fuente: ENIGHU (2003).

A partir de estos datos, se constata que la proporción de pobres subjetivos es mayor a la proporción de pobres objetivos. Mientras que, subjetivamente, 6 de cada 10 ecuatorianos se sienten pobres, objetivamente, o bien, de acuerdo al ingreso o capacidad de consumo, 4 de cada 10 ciudadanos ecuatorianos son pobres.

Ahora bien, más allá de estos datos, si realizamos un cruce de información entre pobreza objetiva y subjetiva, podemos observar que el 33% de los ciudadanos ecuatorianos que no son pobres en términos objetivos, sienten subjetivamente que lo son. Por otra parte, alrededor del 11% de la población que se encuentra por debajo de la línea de pobreza no se considera pobre en términos subjetivos. Llama la atención que la mayoría de las personas no pobres (56%) se considere pobre y que alrededor de un tercio (30,37%) de los pobres no se sienta pobre subjetivamente.

En los testimonios de algunos ciudadanos ecuatorianos que exponemos a continuación, se manifiesta el hecho de que, a pesar de que algunas personas se encuentran por debajo del umbral objetivo de pobreza, no sienten que son pobres.

El análisis cualitativo presentado a continuación parte de entrevistas realizadas en el 2006 a 60 personas que viven en las parroquias más pobres de las provincias de Azuay, Bolívar, Manabí, Pichincha y Los Ríos. A través de entrevistas estructuradas, se pretendió analizar cómo viven cotidianamente y qué piensan los ciudadanos pobres sobre temas relacionados con la pobreza, la educación, la salud, el medio ambiente, el hambre, el empleo y el desarrollo local. También se buscó identificar las expectativas y comparaciones interpersonales que cada ciudadano realiza entre su propia condición y la de su entorno social. Estas entrevistas forman parte de una investigación más amplia sobre el estado de situación de los

Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) en las provincias mencionadas, realizada por el Centro de Investigaciones Sociales del Milenio (CISMIL, 2006).

Sin llegar a ser estrictamente representativas, las entrevistas se realizaron a diferentes grupos sociales, a partir de criterios de selección como el sexo, la edad, la zona de residencia (urbana, urbano-marginal y rural) y la etnia. Las provincias seleccionadas se caracterizan por tener diferentes capacidades instaladas. Ello permite visualizar denominadores comunes mínimos existentes entre personas pobres que viven en contextos diferentes. Los testimonios seleccionados provienen de ciudadanos que, en términos objetivos, serían consideradas pobres.

«Una persona pobre sería alguien de bajos recursos económicos, nosotros no podemos decir que no tenemos nada, nada, nada de recursos, sino que sí tenemos algo para vivir, pero no como para tener grandezas o hacer inversiones, pero para solventarnos en la comida tenemos».

(Hombre mestizo de 34 años. Parroquia Salinas, Bolívar)

«Por el sacrificio que he hecho de no salir [emigrar], en ir a arriesgarme, por ese lado estoy contento porque estoy con mi familia, una buena decisión de no salir del país. Hablamos por otros amigos, familiares, primos, que se han salido y que se ve que sufren, la familia se reparte, se separa, por ellos yo veo que han tenido grandes cantidades de dinero, pero que no han tenido el calor familiar, una felicidad estable. De qué vale que usted pase 5 o 10 años cosechando dinero, si sus bebés ese rato necesitan el calor de ambos padres. Con mi vida me siento satisfecho, pero un poco duro estar en el Ecuador, pero con bastante esfuerzo se logra».

(Hombre mestizo de 37 años. Parroquia Chiquintad, Cuenca)

«Una persona pobre, hay veces en que creo que come una sola vez al día, hasta a veces no les alcanza para los hijos».

(Mujer mestiza de 29 años. Parroquia Ludo, Cuenca)

Cabe llamar la atención sobre el hecho de que, a pesar de que estos entrevistados pueden ser considerados pobres objetivamente (se trata de personas que ganan menos de 2 dólares diarios), se refieren en tercera persona a la pobreza y remarcan implícitamente que ésta es una condición ajena a su propia situación. A la vez, de manera interesante estos testimonios revelan que para los entrevistados el factor económico no es lo más importante a la hora de determinar su propio bienestar.

Por otra parte, resulta pertinente señalar que, en muchos casos, la satisfacción con la vida que expresan algunas personas pobres se puede explicar porque se han adecuado a lo que pueden conseguir o alcanzar, substituyendo el descontento por la aceptación resignada¹². El siguiente testimonio es altamente ilustrativo sobre este punto. Al ser preguntada si está satisfecha con su vida, una mujer respondió:

«¡Y ya qué más queda! Tengo que resignarme con la vida misma. Comemos, trabajamos y gastamos la plata que ganamos y el fin de semana ya gastamos. No se puede hacer más, no vamos a hacer como otros, que se mueren ahorcándose, porque no tienen posibilidad de vivir bien. Pero uno no puede hacer eso, hay que vivir conformes de cómo Dios nos da la vida».

(Mujer mestiza de 49 años. Cantón Chiquintad, Cuenca)

Ahora bien, fuera de los casos en los que la pobreza objetiva y subjetiva no coinciden, la mayoría de personas indigentes o pobres de acuerdo al consumo, también siente subjetivamente que es pobre. Como vimos en el cuadro 1, de la totalidad de indigentes y de pobres no indigentes, el 86,5% y 70%, respectivamente, se autoevalúa como extremadamente pobre. Los siguientes testimonios dan cuenta de estos casos.

«No estoy satisfecho con mi vida. No hay cómo estar satisfechos. No hay satisfacción para el que vive pobre».

(Hombre mestizo de 67 años. Parroquia Las Naves, Bolívar)

12 Para un análisis sobre el potencial impacto de la adaptación de las preferencias sobre el bienestar, ver Ramírez (2005).

«Para mí es bastante delicado porque no tengo cómo vivir. Vivir es un sufrimiento. Una persona pobre vive sufrida moral y económicamente, ya no vive la vida tranquila».

(Hombre mestizo de 67 años. Parroquia Nabón, Cuenca)

«Los pobres somos los que no disponemos de lo básico, de la alimentación, la educación y la salud, para poder vivir. Existimos muchos que vivimos enfermos, y no disponemos de dinero, no nos ayudan los familiares, entonces tenemos que seguir así. Una persona pobre vive abandonada, que no les toman en cuenta y ni le saludamos si es pobre».

(Mujer mestiza de 30 años. Parroquia Patricia Pilar, Los Ríos)

«Mi situación económica ha minorado en un 70% en mi ser. Porque ahora siempre hay enfermedades en el campo, mucha desnutrición, muchas cosas que se necesita adquirir y no hay ayuda de ninguna parte».

(Mujer indígena de 30 años. Parroquia Puéllaro, Pichincha)

Quizá uno de los mayores problemas que acarrea el experimentar una vida marcada por la pobreza es la pérdida de expectativas. Como consecuencia de la recalcitrante constancia de carencias materiales, las personas pierden toda esperanza de que ocurra un cambio. Este desaliento profundamente enraizado atraviesa el siguiente conjunto de testimonios:

«Mi situación en el futuro debe ser peor, porque ahora no hay ninguna esperanza con los sueldos y los trabajos que son escasos en el Ecuador».

(Hombre mestizo de 36 años. Cantón San José de Raranga, Azuay)

«La situación de mis hijos me parece que será peor, porque no hay planes de trabajo de dónde defenderse, no hay de dónde tener, porque somos gente desempleada totalmente que no aspiramos ninguna clase de sueldo».

(Hombre mestizo de 46 años. Cantón San José de Raranga, Azuay)

«Yo nunca llegaría a tener el nivel de vida que deseo porque casi no habría tiempo, porque no hay trabajo. Por eso no tengo esperanza ninguna de que mi vida va a mejorar después ni cuándo».

(Hombre mestizo de 37 años. Parroquia Chillanes, Bolívar)

«Mi situación económica creo que ha empeorado porque mi situación sigue igual».

(Mujer mestiza de 31 años. Parroquia Nabón, Azuay)

«¿Por qué no cogerá la muerte mejor? Se pasa sufriendo, no se pasa tranquila».

(Mujer mestiza de 45 años. Parroquia Amaguaña, Pichincha)

La línea de pobreza social o subjetiva (LPS)

Comprender el fenómeno de la pobreza en Ecuador requiere de esfuerzos mayores que el simple establecimiento de líneas objetivas de pobreza. Junto a la exploración interpretativa de la pobreza tal y como es experimentada subjetivamente que acabamos de esbozar a través del recurso de testimonios, es posible construir una línea de pobreza establecida a partir de la experiencia social y subjetiva de las personas. Este indicador, que llamaremos la *línea de pobreza social* (LPS), apunta a establecer cuál es el límite social a partir del que, subjetivamente, las personas se definen a sí mismas como pobres.

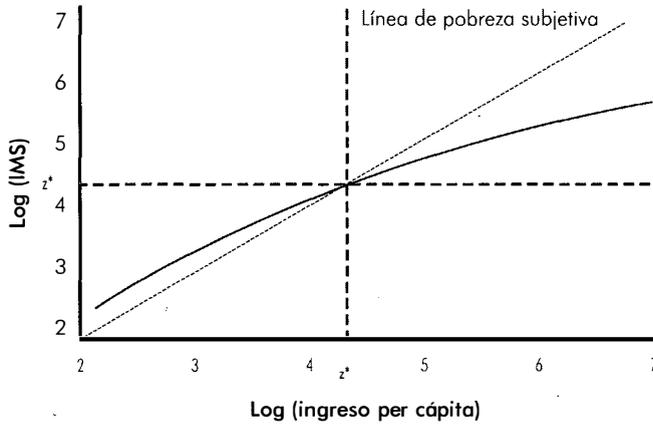
Metodológicamente, la línea de pobreza social (LPS) se estima a partir de la regresión en la que la línea de pobreza subjetiva estará determinada por las características socioeconómicas de los hogares. La siguiente ecuación expresa este cálculo:

$$IMS_{pc} = \alpha + \beta Y_i + \gamma Z + \delta X + e \quad (1)$$

Donde IMS es el logaritmo del ingreso mínimo subjetivo monetario del hogar i ; Y_i es el logaritmo del ingreso/consumo; Z son las variables geográficas; X las variables sociodemográficas; y e es el error del modelo.

Aquellos hogares ubicados por debajo de la diagonal del siguiente gráfico tendrían, en promedio, un déficit de ingreso. Y los que se encuentran por encima poseerían un superávit frente a los ingresos mínimos subjetivos. La línea de pobreza social estaría determinada justamente por el lugar de encuentro entre la diagonal de 45 grados y el IMS predicho por la regresión.

GRÁFICO 3. REPRESENTACIÓN DE LA LÍNEA DE POBREZA SUBJETIVA



En este sentido, se tiene que $LPS=IMS=Y$. Resolviendo la ecuación (1) obtenemos que: $LPS = \exp(\alpha + \gamma Z + \delta X_i) / (1 - \beta)$.

Cabe señalar que la estimación econométrica de la LPS representada en el gráfico adolece, principalmente, de un problema: los errores de medición del ingreso arrojan una estimación sesgada de la elasticidad-ingreso del IMS. Para corregir este problema se utiliza el método de variables instrumentales que consiste en reemplazar el ingreso observado por su estimación econométrica en función del gasto y de las características sociodemográficas (Herrera, 2002).

Otros límites del cálculo de la LPS son, primero, que la estimación de la línea de pobreza es altamente sensible a la formulación de la pregunta. Además, existe una considerable

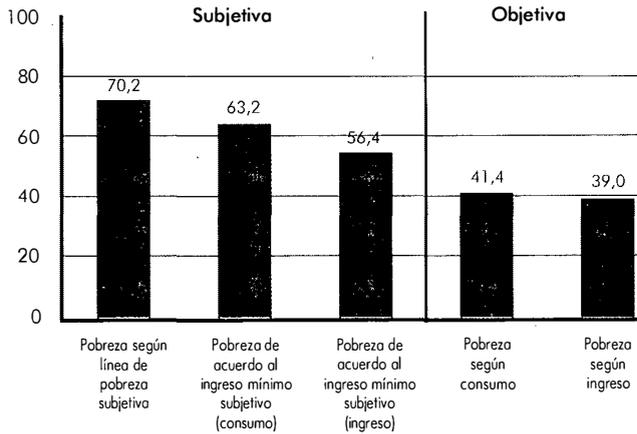
variabilidad en las respuestas, incluso entre grupos socioeconómicos similares (Duclos, 2006: 120). Por ejemplo, existirán ciertos individuos que siendo pobres subjetivamente dado que se encuentran al lado derecho de la línea de pobreza y por encima de la línea de 45 grados, no serán vistos como pobres. De la misma forma, ciertas personas que no se consideran pobres subjetivamente, podrán ser estipuladas como pobres dado que se encuentran hacia la izquierda de la línea de pobreza y por debajo de la línea de 45 grados. Por último, la elasticidad del ingreso del IMS estaría subestimada en caso de no haber instrumentalizado los ingresos per cápita observados, lo cual evidenciaría el sesgo que se hubiera tenido en caso de estimar la línea de pobreza según Mínimos Cuadrados Ordinarios (MCO). En efecto, mientras la elasticidad ingreso-IMS con MCO es de 0,37, instrumentalizada es igual a 0,55.

De acuerdo a la metodología señalada, la línea de pobreza social en Ecuador (131,75 dólares) se encuentra muy por encima de la línea de pobreza objetiva (81,4 dólares). En efecto, el valor de la LPS es 51,4 dólares mayor a la línea de pobreza calculada a partir de la estimación del consumo. Esta diferencia explica que la incidencia de la pobreza subjetiva sea mayor a la incidencia de la pobreza objetiva. Como vemos en el gráfico 4, de acuerdo a la línea de pobreza social, alrededor del 70% de los ecuatorianos que vive en las urbes es pobre en términos subjetivos (proporción casi exacta al 71% de personas que afirman sentir una peor situación económica luego de la dolarización¹³). Esta proporción se ubica casi 30 puntos porcentuales por encima de la pobreza medida ya sea por ingreso o consumo¹⁴.

13 Esta cifra proviene de la ENIGHU (2003). Como vemos, es menor a la cifra presentada al inicio de este capítulo que proviene de la ECV (2006). Ya que la ENIGHU es la encuesta a partir de la que se realizan los cálculos de aquí en adelante, hacemos referencia a sus datos porque así podemos realizar comparaciones.

14 La determinación de la pobreza a partir del ingreso o del consumo tiene un valor estadísticamente similar, por lo cual podemos señalar que ambos indicadores son iguales.

GRÁFICO 4. ECUADOR: POBREZAS SUBJETIVAS Y OBJETIVAS*



Fuente:
ENIGHU (2003)

* La pobreza de consumo y de ingreso se calcularon con una misma línea de pobreza igual a 81,4 dólares per cápita mensuales.

Por otra parte, como se aprecia en el cuadro 3, las ciudades con menor y mayor nivel de pobreza subjetiva, medida a partir de la LPS, son Cuenca y Guayaquil, respectivamente. Las LPS más elevadas se registran en Quito, Guayaquil, Machala y Cuenca (en ese orden).

Cabe remarcar que, a pesar de que la LPS de las ciudades pertenecientes al dominio «resto de la Costa» es menor al de Quito, Guayaquil y Machala, su nivel de pobreza social subjetiva es mayor al de esas ciudades (76,5%). Asimismo, las ciudades del «resto de la Costa» tienen los niveles más altos de brecha y severidad de la pobreza subjetiva.

CUADRO 3. CIUDADES DE ECUADOR: INCIDENCIA, BRECHA Y SEVERIDAD DE LA POBREZA SEGÚN LA LÍNEA DE POBREZA SOCIAL (2003)

	Pobreza	Brecha	Severidad	LPS
Ecuador	70,21%	30,28%	16,35%	131,75
Quito	70,4%	31,45%	17,26%	174,98
Guayaquil	72,73%	31,05%	16,40%	140,46
Cuenca	41,27%	13,11%	5,77%	108,54
Machala	70,26%	28,89%	14,60%	130,65
Resto de la Sierra	62,06%	25,11%	13,27%	114,64
Resto de la Costa	76,52%	34,20%	18,71%	115,30

Fuente: ENIGHU (2003).

Ahora bien, si se comparan las pobrezas subjetivas medidas a través de la línea de pobreza social y a través de la autolimitación impuesta como ingreso mínimo subjetivo, podemos observar que se da una diferencia en medias equivalente a 7 y 14 puntos porcentuales dependiendo si se utiliza como variable de referencia el consumo o el ingreso, respectivamente¹⁵.

El incremento de la desigualdad en el país en los últimos años, tendencia que señalamos al inicio de este capítulo, puede haber influido en el nivel de la línea de pobreza social. A pesar de que la pobreza de ingresos se haya reducido a partir de la dolarización, la persistencia de las desigualdades puede haber determinado que las expectativas de muchos (específicamente, el incremento de la línea de pobreza social) se hayan frustrado. Así, nos encontramos frente a la paradoja de que si bien la pobreza objetiva ha disminuido, la pobreza subjetiva es mayor a la primera. Sin embargo, incluso podemos hallar una explicación objetiva de por qué los ciudadanos ecuatorianos sienten que su situación económica es peor luego de la dolarización, a pesar de que en este periodo ha ocurrido una evidente reducción de la pobreza monetaria.

15 Se puede decir que 6 de cada 10 ciudadanos ecuatorianos sienten que su ingreso es inferior al ingreso mínimo que necesitan para vivir.

Como se puede constatar en el gráfico 5, antes de la dolarización el ingreso familiar se ubicaba por encima del costo de la canasta básica o de pobreza. Durante los cinco años previos a la dolarización, el ingreso de las familias cae sistemáticamente. En contraste, después de la dolarización se registra un repunte o crecimiento del ingreso, debido principalmente, a la recuperación de los salarios reales. Sin embargo, antes de la dolarización, a pesar de la caída del ingreso familiar, este indicador se encontraba por encima del costo de la canasta básica. Y solo a partir de la dolarización, el ingreso familiar se ubica sistemáticamente por debajo del costo de la canasta básica. Evidentemente, el crecimiento del costo de esta canasta fue más rápido que el crecimiento del ingreso. Objetivamente, este hecho podría ser una de las causas que explican por qué existe una sensación de pérdida de bienestar luego de la instauración de la dolarización.

GRÁFICO 5. COSTO DE LA CANASTA DE POBREZA vs. INGRESO FAMILIAR, 1998 - 2006



Fuente:
INEC

Al considerar de manera conjunta, primero, que el costo de la canasta de pobreza se ubicó por encima de los ingresos familiares después de la dolarización, y segundo, que la incidencia de la pobreza subjetiva es superior a la incidencia de la pobreza objetiva, podemos apreciar la importancia que tiene considerar las opiniones personales en el momento de establecer una función de bienestar social. Podemos entonces concluir que es tan importante tomar en cuenta la velocidad de cambio de los ingresos como co-

nocer la percepción que tiene la gente sobre lo que se puede efectivamente hacer con los ingresos. Tal percepción social, por lo demás, se funda en un dato objetivo: la velocidad de cambio del costo de la canasta básica.

Impactos de la desigualdad sobre la pobreza subjetiva

En las dos secciones anteriores de este capítulo hemos conjeturado que la desigualdad económica (y no únicamente la pobreza) puede ser un factor determinante en la sensación de malestar personal de los ecuatorianos. En esta sección nos detenemos a explorar esta conjetura. Particularmente, intentaremos averiguar si las brechas económicas personales impactan o no en la pobreza subjetiva en Ecuador¹⁶.

Un indicador particularmente útil para este propósito es la aversión a la desigualdad. En 1970, Atkinson propuso este indicador. Su objetivo es determinar qué nivel de distribución de los ingresos es necesario para asegurar un bienestar social determinado. El menor nivel de aversión a la desigualdad se basa en una función estrictamente utilitaria del bienestar. En este caso, las diferencias entre los ingresos de las personas no afectan al bienestar social. Por el contrario, el máximo grado de aversión a la desigualdad parte de una función igualitaria del bienestar¹⁷. En tal caso, el bienestar social depende, primordialmente, del incremento en el nivel de ingresos del individuo o grupo menos favorecido.

Proponemos que puede existir una vía alternativa para analizar la aversión a la desigualdad. Para comparar el grado de aversión a la desigualdad que se registra en las distintas ciudades de Ecuador, en el cuadro 3 utilizamos un indicador de desigualdad en particular: el coeficiente de Gini¹⁸. Un mayor valor del coeficiente de Gini del ingreso mínimo subjetivo expresa menor rechazo a la desigualdad, y un menor valor de este coeficiente expresa mayor adversidad a la desigualdad. A su vez, la diferencia existente entre el coeficiente de Gini del ingreso y el coeficiente de Gini del ingreso mínimo subjetivo, constituye un indicio para detectar si en una ciudad existe o no mayor aversión a la desigualdad frente a otra ciudad.

16 El trabajo de Graham y Felton (2005) constituye el estudio pionero que busca averiguar la relación que existe entre desigualdad y bienestar subjetivo en América Latina. Los autores demostraron que las personas del 20% más rico de la región son, en promedio, 5% más felices, mientras que las personas del 20% más pobre son 3% menos felices. Cabe mencionar que, de acuerdo a los autores, la desigualdad per se no tiene implicaciones negativas. En Europa, por ejemplo, la desigualdad puede ser percibida como un signo de movilidad y oportunidad. No obstante, en América Latina, señalan, ocurre todo lo contrario: la desigualdad parece ser un signo de persistente ventaja para el grupo más rico de la población y de desventaja para los más pobres.

17 El pensamiento de John Rawls constituye un referente imprescindible para construir este tipo de funciones del bienestar.

18 Se utiliza el coeficiente de Gini por ser un indicador usualmente utilizado. No obstante, se podría calcular con cualquier otro indicador que diera cuenta de los niveles de desigualdad en una sociedad.

CUADRO 4. COEFICIENTE DE GINI OBJETIVO VS. COEFICIENTE DE GINI SUBJETIVO

	Coeficiente de Gini del ingreso (a)	Coeficiente de Gini del ingreso mínimo subjetivo social (b) (IMS)	Intervalo de confianza superior (IMS)	Intervalo de confianza inferior (IMS)	(a) - (b)
Nacional	0,481	0,451	0,442	0,461	0,030
Quito	0,491	0,443	0,428	0,458	0,048
Guayaquil	0,473	0,470	0,447	0,492	0,003
Cuenca	0,418	0,405	0,383	0,426	0,013
Machala	0,484	0,447	0,415	0,479	0,037
Resto de la Sierra	0,432	0,406	0,389	0,423	0,026
Resto de la Costa	0,443	0,428	0,410	0,447	0,015

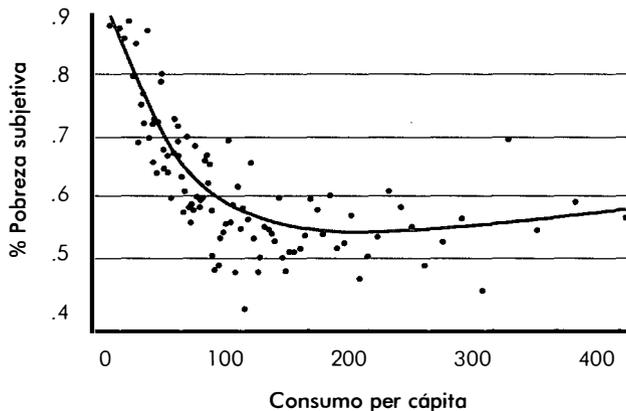
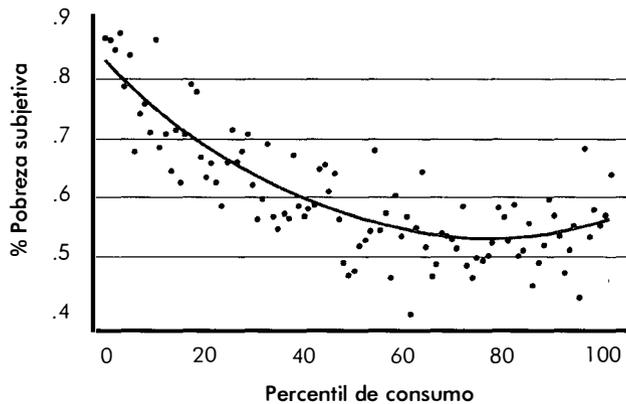
Fuente: ENIGHU (2003).

En términos generales, la desigualdad existente en las ciudades de Ecuador se ubica por encima de la desigualdad percibida subjetivamente: mientras el coeficiente de Gini del ingreso de las ciudades del país es de 0,48, el Gini del ingreso mínimo subjetivo es de 0,45. Esto quiere decir que el grado de percepción de la desigualdad entre los habitantes de las ciudades ecuatorianas es menor al grado de desigualdad que se registra objetivamente en ellas. A la luz de esto, podríamos conjeturar que las ciudades con altos niveles de desigualdad subjetiva y donde el ingreso mínimo subjetivo es igual o inferior al ingreso medio objetivo, son ciudades donde se ha normalizado y aceptado las distancias sociales y, por tanto, donde las posibilidades de transformación política y social disminuyen. A su vez, aquellas ciudades donde el coeficiente de Gini del ingreso mínimo subjetivo es inferior al coeficiente de Gini del ingreso objetivo, son ciudades con mayores grados de aversión a la desigualdad. Por ejemplo, en Quito se registra un mayor rechazo a la desigualdad que en Guayaquil, donde la diferencia entre los dos coeficientes de Gini es muy baja. Por ello, podríamos afirmar un tanto aventuradamente que no es casual que actualmente en Quito existan mayores grados de movilización social que en Guayaquil¹⁹.

19 No se debe perder de vista que estas afirmaciones no dejan de ser hipótesis, tanto teóricas como empíricas, que podrían y deberían ser tratadas con mayor rigurosidad.

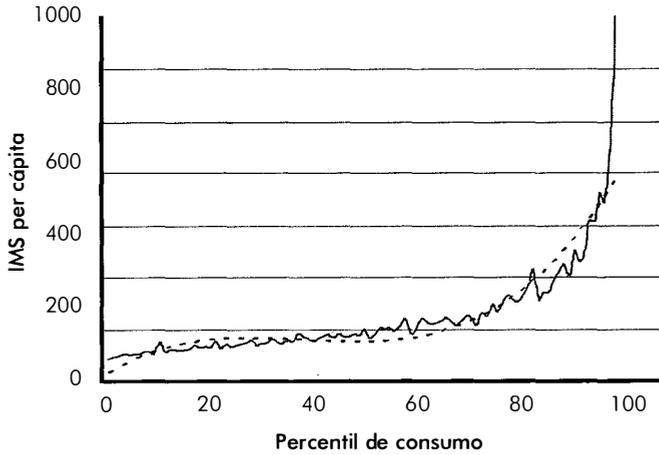
Ahora bien, para ahondar en nuestra comprensión sobre los efectos que tiene la desigualdad en la determinación de la pobreza subjetiva, cabe utilizar un segundo indicador: el nivel de consumo. Como se puede apreciar en los gráficos 6 y 7, a medida que incrementa el consumo, el porcentaje de personas que se consideran pobres disminuye. Esta tendencia se mantiene hasta llegar a un punto en que, primero, el incremento en el nivel de consumo y la percepción de ser pobre no varían. Pero después de ello, la tendencia inicial incluso se revierte: a medida que incrementa el consumo la proporción de personas que se sienten pobres aumenta ligeramente.

GRÁFICO 6 Y 7 ECUADOR: NIVEL DE CONSUMO Y POBREZA SUBJETIVA (2003)



Fuente:
ENIGHU, (2003)

GRÁFICO 8. ECUADOR: PROMEDIO DEL INGRESO MÍNIMO SUBJETIVO SEGÚN PERCENTILES DE CONSUMO, 2003

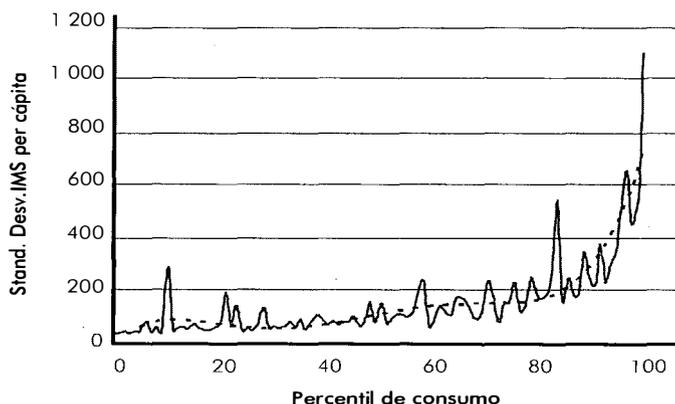


Fuente:
ENIGHU, (2003)

La tendencia al incremento de la infelicidad económica conforme aumenta la capacidad de consumo se ratifica cuando comparamos los niveles de consumo de los ciudadanos ecuatorianos con su percepción subjetiva sobre cuál debería ser su ingreso mínimo. En el gráfico 8 se presenta una curva formada por los percentiles de consumo y los niveles de ingreso mínimo subjetivo de la población ecuatoriana. Como vemos, esta curva presenta una forma exponencial que crece regularmente alrededor del 20% más rico de la población se “dispara”. Consecuentemente, se podría interpretar que a medida que aumenta el consumo personal, el ingreso mínimo subjetivo también aumenta. Dentro del rango del 20% más rico se evidencia con especial claridad que el nivel de ingresos que los ciudadanos consideran que necesitan para vivir incrementa proporcionalmente con su nivel absoluto de consumo. Se comprueba así que las expectativas de aumentar el nivel de consumo son insaciables. A partir de un ejercicio de comparación de su situación con respecto a su medio social, las personas que pertenecen al 20% más rico del país nunca dejan de aspirar a tener más.

GRÁFICO 9.

ECUADOR: PROMEDIO DE DESVIACIÓN ESTÁNDAR DEL INGRESO MÍNIMO SUBJETIVO DE ACUERDO A PERCENTILES DE CONSUMO OBJETIVO (2003)



Fuente:
ENIGHU, (2003)

Ampliando la información presentada hasta aquí, se podría especular que incluso cuando el nivel económico incrementa, la persistencia de altos niveles de disparidad social y económica puede generar sentimientos de envidia (ver gráfico 9). A su vez, podemos señalar que a medida que el nivel de consumo crece la desigualdad subjetiva (medida según la desviación estándar del ingreso subjetivo) aumenta.

Ello explicaría que, a pesar de que una persona no sea pobre en términos económicos, experimenta insatisfacción por no poder alcanzar el nivel de vida de las personas de su entorno social que ostentan mayor riqueza. En términos subjetivos podríamos también afirmar que la sociedad ecuatoriana es «igualmente pobre, desigualmente rica».

A su vez, a partir del desarrollo de un modelo de regresión probabilística, se demuestra que (manteniendo niveles de consumo y variables sociodemográficas constantes), a medida que aumenta la desigualdad económica en Ecuador, la probabilidad de que las personas se perciban subjetivamente como pobres también incrementa.

Para estimar el impacto de la desigualdad sobre la pobreza subjetiva monetaria se utiliza la siguiente función: $DSM = f(\delta D, C_i, X_i, Z_i)$

Donde DSM es una variable dicotómica que toma el valor de 1 si la persona tiene un déficit subjetivo monetario y 0 en caso contrario; δ es la distancia del ingreso a la media; C_i es el nivel de consumo per cápita; X_i son variables sociodemográficas; y Z_i son variables geográficas. A través del modelo probit presentado a continuación, se evalúa si el coeficiente de δ es igual o diferente que 0 y el signo de dicho coeficiente. De esta forma se puede detectar el impacto de la desigualdad sobre la pobreza subjetiva.

CUADRO 5. REGRESIÓN PROBIT: IMPACTO DE LA DESIGUALDAD SOBRE LA POBREZA MONETARIA SUBJETIVA, N=11,262*

Variable dependiente = pobreza subjetiva	dF/dx	Std. Err.	Z	P> z	95%	C.I.
Desigualdad (log distancia)	0,058	0,004	7,05	0,000	0,050	0,060
Log (nivel de cons.)	-0,362	0,010	-33,80	0,000	-0,383	-0,342
Edad	0,012	0,001	6,82	0,000	0,008	0,0157
Edad ^2	-0,000	0,000	-6,79	0,000	-0,000	-0,000
Nivel educativo (Base=analfabeto)						
Primaria	-0,296	0,032	-9,26	0,000	-0,359	-0,233
Secundaria	-0,235	0,015	-15,67	0,000	-0,264	-0,205
Universidad	-0,147	0,013	-10,91	0,000	-0,174	-0,120
Número de personas en el hogar	-0,373	0,011	-30,63	0,000	-0,397	-0,350
Estado civil (casado o unión libre)	0,050	0,017	2,95	0,003	0,016	0,083
Sexo (hombre=1)	0,056	0,017	3,30	0,001	0,022	0,090
Vivienda propia	-0,045	0,026	-1,80	0,071	-0,097	0,005
Minorías étnicas (indígenas y negros=1)	0,010	0,022	0,47	0,641	-0,033	0,054
obs. P		0,667				
pred. P		0,698	(at x-bar)			
LR chi2(13)	1 824,34					
Prob > chi2	0,000					
Log likelihood =	-62 534 749					
Pseudos R2	0,127					

(*) dF/dx is for discrete change of dummy variable from 0 to 1. z and P>|z| are the test of the underlying coefficient being 0.

* En este cuadro no se incluyen variables dicotómicas para los diferentes dominios de la encuesta.

El modelo desarrollado en esta parte nos permite adelantar algunas conclusiones. Para empezar, se corrobora que la sensación subjetiva de ser pobre disminuye a medida que incrementa el nivel de consumo. Es más, el nivel de consumo es la variable que tiene el mayor impacto sobre la pobreza subjetiva en Ecuador²⁰. También se puede detectar que la edad tiene rendimientos crecientes de escala frente a la pobreza subjetiva. Otra conclusión es que en Ecuador la probabilidad de tener un sentimiento de déficit monetario incrementa tanto si la persona está casada o vive en unión libre, como si es hombre. Parecería entonces que en el país el ser mujer y el permanecer soltero o soltera entraña una menor probabilidad de sentirse infeliz desde una perspectiva económica. Una conclusión más es que tener vivienda propia conlleva a disminuir el sentimiento de infelicidad económica. Finalmente, se puede observar que la probabilidad de sentirse infeliz monetariamente incrementa si las personas se autodefinen como indígenas o afroecuatorianos. Sin embargo, cabe aclarar que en nuestro modelo la adscripción étnica no es una variable estadísticamente significativa.

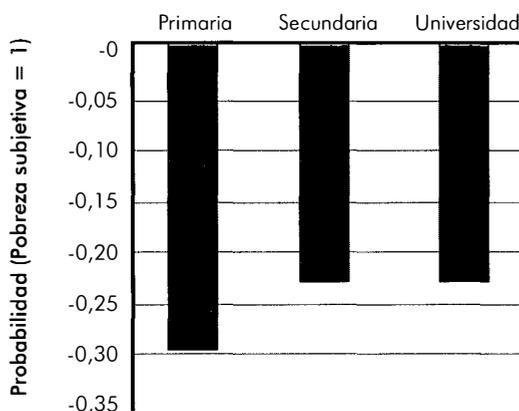
Por otra parte, tener un mayor nivel educativo conduce a disminuir la probabilidad de que los y las ecuatorianas se sientan pobres en comparación a las personas que no tienen ningún nivel educativo²¹.

20 Se debe resaltar que esto no implica que el consumo sea el aspecto más importante para garantizar la satisfacción con la vida. Es más, como se señaló en la interpretación del gráfico 7, el ingreso mínimo subjetivo (lo que las personas esperan recibir) se incrementa exponencialmente entre el 20% más rico de la población. Por lo demás, debemos recordar que en este capítulo nos centramos exclusivamente en el bienestar y malestar económicos. No estamos tomando en cuenta otras dimensiones de la vida como son, entre otras, el ocio, la salud, el grado de satisfacción con la comunidad o con el trabajo.

21 Esta aseveración es corroborada a través del uso de la variable *años de escolaridad*. Dicho modelo no se presenta en este artículo sino únicamente niveles de educación.

GRÁFICO 10.

ECUADOR: PROBABILIDAD DE SENTIRSE POBRE SUBJETIVAMENTE DE ACUERDO A NIVELES DE INSTRUCCIÓN (2003) (BASE = ANALFABETOS)*



Fuente:
ENIGHU, (2003)

* Manteniendo las variables independientes constantes

En efecto, a medida que una persona aumenta su nivel de educación formal disminuye la percepción de que se es pobre. Sin embargo, esta tendencia tiene su límite: en comparación con los analfabetos, la probabilidad de que se reduzca el sentimiento de infelicidad económica de una persona con nivel primario de educación es mayor que la probabilidad de que lo propio le ocurra a un universitario (ver gráfico 10). Esta aparente paradoja puede explicarse porque los mayores niveles de desigualdad se registran, justamente, al interior de los niveles superiores de educación.

Epílogo: a manera de observación

Las políticas públicas aplicadas en las últimas décadas en Ecuador han partido de una concepción liberal-utilitaria del bienestar. Desde esta perspectiva, el nivel del consumo (o, en su defecto, del ingreso), el PIB per cápita y el crecimiento económico se han erigido en los indicadores por excelencia para determinar la salud de la economía y la sociedad ecuatorianas. Sin embargo, en la construcción de este tipo de indicadores (denominados *objetivos*) no se reflexiona seriamente sobre aquello que la ciudadanía define como bienestar y como pobreza. Consecuentemente, las medidas que se desprenden de los diagnósticos establecidos por estos indicadores no consiguen detectar, y menos todavía encarar adecuadamente, la vulnerabilidad e inseguridad socioeconómicas que experimentan efectivamente los ciudadanos pobres.

Este tipo de cegueras teóricas que repercuten en errores prácticos nos deben conducir a repensar la base de información a partir de la que se han elaborado las políticas públicas en el país. Nuestro interés en el complejo fenómeno de la pobreza subjetiva se dirige, precisamente, en dirección a llevar a efecto este giro teórico-práctico. Una comprensión de gran alcance sobre la pobreza subjetiva en el país sin dudas implicaría un replanteamiento del modelo de acumulación y de la estrategia de desarrollo: de partir de presupuestos no cuestionados y pretendidamente expertos sobre lo que debe de ser el bienestar, se pasaría a la promoción del peculiar tipo de bienestar social que resulte afín a las necesidades y las expectativas de los ecuatorianos.

Como hemos visto a través de este capítulo, al analizar el bienestar de la población no importa determinar únicamente su nivel de vida o capacidad de consumo. También es importante conocer las diferencias entre los niveles de vida de las personas, o bien, siguiendo el ejemplo de Hirschman, se debe conocer qué tasas de cambio se establecen entre las distintas «filas de tráfico». Incluso a pesar de que, en términos absolutos, pueda registrarse un incremento en el nivel de vida de la población, los individuos están en constante comparación con su entorno social, hecho que afecta directamente su bienestar personal.

A juzgar por el incremento tanto de la desigualdad como de la infelicidad económica (o bien, de la pobreza subjetiva) en el país, la envidia puede ser uno de los sentimientos que parece haberse instaurado en la conducta económica de los ciudadanos. Así, de modo similar a lo que ha ocurrido en los países altamente industrializados, en Ecuador se estaría replicando una paradoja similar a la propuesta por Easterlin. Con la envidia como motor, las expectativas de incremento en la capacidad de consumo se multiplican infinitamente y, por tanto, nunca deja de manifestarse la imposibilidad de experimentar una satisfacción plena. Esto produce un efecto perverso, una *carrera de ratas*, como la ha denominado Richard Layard (2005), que impacta directamente sobre la calidad de la convivencia entre ciudadanos y sobre la posibilidad de generar proyectos comunes de vida.

Refiriéndose a una alternativa frente a este fenómeno social característico de las sociedades capitalistas, Philippe Van Parijs (1996) señala que la potencial ausencia de envidia no pasa por el establecimiento de una igualdad económica perfecta (lo que es imposible), sino por la construcción de una sociedad que tome en cuenta la diversidad humana de una manera que no exista dominación. En otros términos, Van Parijs sugiere como proyecto la creación de condiciones para que en la sociedad pueda existir una diversidad no dominada.

En el fondo de toda nuestra discusión, lo que está en juego es la disputa por el tipo de sociedad que nos interesa construir. El artículo ha demostrado que la desigualdad genera sentimientos de infelicidad económica. De ninguna manera esto significa abogar por la construcción de una sociedad que tienda a igualar los niveles de consumo apelando a la perpetuación de procesos individualistas, jerárquicos y privados, sino pensar en la gestación de una sociedad igualitaria a través de procesos cooperativos, participativos, solidarios y públicos. El actual régimen de acumulación tiene pocas posibilidades de ser modificado si el proceso de construcción de una sociedad más igualitaria no toma en cuenta que el bienestar subjetivo no solo depende de que las personas tengan un salario más o menos similar al del resto, sino también de que exista igualdad en cuanto al reconocimiento social no clasista asociado, a la imparcialidad frente a las leyes, al acceso a cargos, a la no discriminación y marginación, entre otros aspectos. Por todo esto, no tomar en cuenta los niveles de disparidad social y económica es negar la creación de una sociedad que construya posibilidades de encuentro, de vida en común, donde la privatización del espacio público deje de ser el común denominador y donde sea posible gestar colectivamente un porvenir social que no se base en los principios del *sacrificio* y la *envidia*, sino en los de la *cooperación*, *reciprocidad* y *solidaridad*.

BIBLIOGRAFÍA

- Atkinson (1974). Poverty and income inequality in Britain. En D. Wdderburn (ed.). Poverty, inequality and class structure. London: Cambridge University Press.
- ----- (1975). The economics of inequality, London: Oxford University Press.
- ----- (1981). La economía de la desigualdad. Barcelona: Editorial Crítica.
- Banco Mundial (1995). Poverty Report Vol. 1. Washington DC: Banco Mundial.
- Boltvinik, J. y Hernández, E. (1999). Conceptos y Medidas de Pobreza, en "Pobreza y Distribución del Ingreso en México". México DF: Siglo XXI Editores.
- Bolvinik, J. (2000). Métodos de medición de pobreza. Conceptos y tipología. En Socialis. Revista Latinoamericana de Política Social No. 1, octubre de 1999, 35-74.
- Dasgupta (2001). Human well-being and the natural environment. Oxford: Oxford University Press.
- Duclos, J. y Abdelkrim, A. (2006). Poverty and Equity: Measurement, Policy and Estimation with DAD. Boston/Dordrecht/London: Kluwer Academic Publishers.*
- Dupuy, J. (1998). El sacrificio y la envidia: El liberalismo frente a la Justicia Social. Barcelona: Gedisa.
- Easterlin, R. (1974). Does Economic Growth Improve the Human Lot? Some Empirical Evidence. En P.A. David y M.W. Reder (eds.). Nation and Households in Economic Growth. New York: Academic Press.
- Easterlin, R. (2002). Happiness in Economics. Massachusetts: Edward Elgar Publishing Limited.
- Graham y Felton. (2005). Does Inequality Matter to Individual Welfare?: An Initial Exploration Based on Happiness Surveys From Latin America.
- Herrera, J. (2002). Pobreza subjetiva y objetiva en Perú. Santa Cruz: Network of Inequality and Poverty.
- Hirschman, A. (1973). Changing Tolerance for Income Inequality in the Course of Economic Development. En Quarterly Journal of Economics No. 87 (noviembre), 544-66.
- Layard, R. (2005). Happiness and public policy. London: LSE Health and Social Care.

- Moser, C. y Felton, A. (2005). Intergenerational asset accumulation and poverty reduction in Guayaquil Ecuador (1978-2004). En C. Moser (ed.). *Reducing Global Poverty: the Case for Asset Accumulation*. Washington DC: Brookings Press.
- Orshansky, M. (1965). Counting the poor: another look at the poverty profile. En *Social Security Bulletin*, Vol. 28.
- Ramírez, R. (2002). Desarrollo, desigualdad y exclusión: los problemas nutricionales en el Ecuador desde el enfoque de las capacidades humanas. En Ramírez Gallegos. *Versiones y Aversiones del Desarrollo*. Quito: SIISE, Ciudad/EZE, Universidad Andina Simón Bolívar.
- ----- (2005). «Sour grapes» and the monetary «happiness» of poverty: Perú case study, 2001. Investigación presentada previa la obtención del título de Master of Arts in Development Studies with specialization in Economics of Development. La Haya: Institute of Social Studies, ISS.
- ----- (2008). La felicidad como medida del buen vivir en el Ecuador, 2007. Entre la materialidad y la subjetividad. Quito: MIMEO (por publicar).
- Ravallion, M. y Pradhan, M. (1998). Measuring poverty using qualitative perceptions of welfare. Policy Research Paper No. 2011.
- Ravallion, M. y Lokshin, M. (1999). Subjective Economic Welfare. Development Research group, Policy Research Paper No. 2106.
- Rein, M. (1970). Problems in definition and measurement of poverty. En *British Journal of Sociology*, Vol. 5.
- Saith, A. (2005). Poverty-lines versus the poor: method versus meaning. ISS working paper series No. 420. The Hague: Institute of Social Studies (ISS)
- Sen, A. (2003). *Nuevo Examen de la desigualdad*. Madrid: Alianza Editorial, primera edición 1992.
- SIISE. (2002). Metodología para el cálculo de agregado de consumo y líneas de pobreza. Quito: Mimeo.
- Townsend, P. (1954). Measure Poverty. En *British Journal of Sociology*, Vol. 5.
- Van Parijs, Ph. (1996). *Real Freedom for All. What (if anything) can justify capitalism?* Oxford: Oxford University Press. xii (traducción española, Paidós, 1996).
- Van Praag, B. y Ferrer-i-Carbonell, A. (2004). *Happiness Quantified: A Satisfaction Calculus Approach*. Oxford: Oxford University Press.